

CONSTRUYENDO PUENTES PARA LA PAZ SOSTENIBLE

Emilce Cuda

León XIV sin duda es el puente. No solo ha puesto como desafío de su pontificado la paz, sino que también la elección de su nombre dice que esa paz no será augusta sino sostenible. El nuevo pontífice lo demuestra cuando nos dice que la Iglesia busca siempre estar cerca especialmente de aquellos que sufren.

Habiendo escuchado casi todas las ponencias de este histórico congreso, y también porque en el Sur Global “la vida pende de un hilo”, según nos advierten nuestros obispos y cardenales en el lanzamiento de la campaña CELAM que lleva ese nombre (Sala Stampa de la Santa Sede, 9 de diciembre de 2024), propongo que los teólogos asumamos también ese desafío de construir puentes para una paz sostenible, porque realmente la vida pende de un hilo en esta crisis civilizatoria que es social y ambiental. Propongo que lo hagamos como apóstoles misioneros de una Iglesia sinodal en salida; que vayamos juntos desde las periferias al centro, como nos enseñó Francisco; y que lo hagamos juntos mirando la Iglesia desde abajo, como sostiene Juan Jose Tamayo. Eso ha puesto en práctica Francisco cuando -como ha dicho Alejandro Ortiz-, en lugar de convocar a los obispos a un nuevo concilio episcopal, ha iniciado un proceso sinodal eclesial. Eso es la realidad efectiva de una Iglesia desde abajo; la pirámide invertida de la que habla, y practicaba, Francisco. De nosotros, como Iglesia, depende ese proceso. Finalmente, propongo que lo hagamos construyendo puentes de paz efectiva en medio de una ‘guerra a pedazos’ contra la creación, es decir: el planeta, las especies y las personas. Por eso la encíclica Laudato Si habla de una crisis socio ambiental.

El Santo Padre, en su primer saludo desde la Basílica de San Pedro, dice: “¡La paz esté con todos ustedes!”. Dice, en su saludo a la prensa en el aula Paulo VI, que esa “es la paz de Cristo resucitado, una paz desarmada y una paz desarmante, humilde y perseverante”. En este contexto de crisis y urgencia ecológica socioambiental, sus primeras palabras dinamizan aún más a las Iglesias particulares a construir puentes transdisciplinarios para desarmar discursos negacionistas y tomar en serio las consecuencias sociales y ambientales de un sistema de producción y consumo sin regulaciones éticas. “O nos unimos o nos hundimos”, dijo Francisco. Hoy, como siempre, estamos todos en las manos de Dios. Propongo tomar la firme decisión de acompañar a nuestro pontífice, León XIV, quien dice que “continuemos sin miedo, unidos, tomados de la mano con Dios y entre nosotros, sigamos adelante. Somos discípulos de Cristo. Cristo nos precede. El mundo necesita su luz. La humanidad lo necesita como puente para ser alcanzada por Dios y por su amor”.

En línea con eso, debemos discernir cómo construir puentes eclesiales a la luz del Concilio Vaticano II, siguiendo los pasos de Aparecida, con la dinámica propuesta en Fratelli Tutti: el diálogo social como la mejor política (FT, cap V). El sueño de Francisco era construir puentes de diálogo. León XIV representa la encarnación de ese puente. Nacido en Norteamérica, ha optado por Latinoamérica. En sus primera palabras, el día de tu elección: nos dice que la paz esté con nosotros; nos invita construir puentes de diálogo; y a buscar la justicia fieles a Jesucristo.

El sueño de Francisco se ha cumplido hoy, porque ahora sabemos que ese es también el sueño de León, porque lo hace suyo, en distinguida continuidad con Francisco, a la medida de los nuevos desafíos de este segundo cuarto del siglo XXI. Nos lo confirma

cuando, en su primer Discurso al Colegio Cardenalicio llama a “que renovemos juntos, hoy, nuestra plena adhesión a ese camino, a la vía que desde hace ya decenios la Iglesia universal está recorriendo tras las huellas del Concilio Vaticano II”; porque -como continúa diciendo- “el Papa Francisco ha recordado y actualizado magistralmente su contenido [del Concilio] en la Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*”, destacando su empeño en “el regreso al primado de Cristo en el anuncio (EG 11)”.

Justamente fue el primado de Cristo, en la prédica y la práctica evangélica, lo que movió a teólogos, teologandos, pastores, educadores y trabajadores a mediados del siglo XX, hacia un nuevo modo de hacer teología. Se trató de pensar a los empobrecidos a partir de Jesucristo, para liberarlos de la condena del pecado estructural -como menciona Juan José Tamayo-, efectivizada como injusticia social, colonialismo, patriarcalismo. Así nació, no una nueva teología sino, un nuevo modo de hacer teología a partir de la realidad en clave cristológica y trinitaria, como nuevo modo de pensar la teología moral y la ética teológica. Esa novedad teológica latinoamericana, que resultó un aporte relevante para el resto de los continentes, sale con Jesucristo para curar el mundo en la ‘carne’, es decir, en cuerpo y alma, lo que llamamos mística. Queda claro, de ese modo, que la misión evangélica apostólica, plasmada en *Aparecida*, anuncia a Jesucristo para cuidar al mundo y así garantizar la paz.

Finalmente, la opción preferencial ‘con’ los pobres, y ‘por’ los pobres como agrega modificando Francisco, no deja de ser un modo cristológico de una práctica eclesial “para que todos tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10.10). En relación con esto, Alejandro nos ha recordado que el mismo Francisco, no solo vivió como pobre, sino que también consultaba a los pobres, tomó en serio el *sensus fidei*, me consta. Además, los llamó a “indignarse” en *Querida Amazonia*. La capacidad de indignarse supone la misericordia, habilitada por la gracia del amor, pero inhibida por el Enemigo -con mayúsculas, en sentido jesuita-, mediante un discurso de odio que impide la constitución de una conciencia cristiana empática y compasiva con el que sufre, al punto de indignarse.

Como dice el preámbulo de la nueva constitución de la Curia Romana *Praedicate Evangelio*, donde no se habla metafísicamente del contenido de la prédica sino del modo ético de predicar, dice que “se evangeliza tocando la carne sufriente de Jesucristo en el pueblo” (PE 1).

León XIV, un nuevo pontífice americano -en sentido continental-, dice al Colegio Cardenalicio, reafirmando *Evangelii Gaudium*, que busca “la conversión misionera de toda la comunidad cristiana (EG 9)”, y “el crecimiento en la colegialidad y en sinodalidad (EG 33)”, recuperando así el camino sinodal que iniciamos en la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe en 2021, y lo hace como legítimo ‘discípulo misionero’ de *Aparecida*.

No hace falta que nos levanten para que andemos, simplemente, caminamos en la historia sin miedo, como a-póstoles, adelante, no ‘indietro’, sin miedo a enfrentar los desafíos del siglo XXI que son: la crisis de representatividad; la crisis climática y el fenómeno de la migración como su consecuencia directa; y la nueva tecnología digital -tal y como ha señalado Cristina Monge. No dudamos, porque sabemos que si dudamos nos hundimos. Imaginamos un futuro porque no abonamos la narrativa de volver al pasado como única posibilidad -también señalado por Cristina.

León XIV. Su mismo nombre es ya todo un signo de esperanza para las Iglesias particulares de las periferias existenciales, sedientas de justicia social y de vida digna. Su antecesor León XIII, ante las amenazas de finales del siglo XIX, sistematizó el pensamiento social cristiano e hizo de eso una doctrina. Sabemos también que hoy, en el siglo XXI, esa doctrina social católica es locura para unos y blasfemia para otros. Pero para nosotros, los de las periferias, no es ni una cosa ni la otra, es solo un instrumento valioso que nos ayuda desde hace más de un siglo a discernir comunitariamente qué hacer para tener una vida buena y en abundancia, fieles al Evangelio, y seguros de que Jesucristo camina con nosotros porque lo vemos. Cada uno de nosotros tiene a diario un encuentro con el Señor en cada pobre, en cada prisionero, en cada enfermo, en cada desnutrido, en cada desplazado, en cada traficado.

La Doctrina Social de la Iglesia sigue siendo un instrumento de esperanza que nos ayuda a escuchar, discernir y dialogar con el mundo actual. Todos somos discípulos misioneros y teólogos, porque todos somos ‘sacerdotes, profetas y reyes’, como dice el Concilio Vaticano II, a lo cual el mismo León se compromete al reconocerlo ante el colegio de cardenales, citando a Francisco, dice que llevará adelante “la atención al *sensus fidei*” (EG 119-120).

Le toca León XIV garantizar la ‘condición humana’, porque está en peligro. Menuda tarea; pero no está solo. León XIII publica la primera de las encíclicas sociales, *Rerum Navarum*, ante la ‘situación calamitosa y urgente’ en que se encontraban los trabajadores al comienzo de la Revolución Industrial. Eso fue hace más de un siglo. En el entretiem po, la humanidad institucionalizó estructuras solidarias y subsidiarias para garantizar la dignidad humana de los trabajadores y su acceso universal a los bienes creados y desarrollados. Nuestras necesidades poco a poco se convirtieron en derechos y tuvimos una vida más o menos digna. Eso fue posible, como León XIV dice, por “la gracia del *sensus fidei*”, “especialmente en sus formas más propias e inclusivas, como la piedad popular (EG 123)”, porque fue el discernimiento social comunitario lo que logró esos derechos.

Sin embargo, debido a una rara mezcla de avaricia y tecnología, en el siglo XXI esa Revolución Industrial se transforma en un mundo productivo y financiero que ya no necesita de los trabajadores, y los descarta. Por eso, no tenemos paz y, como León XIV le has dicho a los cardenales, necesitamos nuevamente crear juntos caminos hacia la justicia, para garantizar “el cuidado amoroso de los débiles y descartados (EG 53)”, -que hoy, en medio de una crisis ecológica, somos todos-; y eso solo es posible, como bien dice en ese momento citando el Concilio Vaticano II, mediante “el diálogo valiente y confiado con el mundo contemporáneo en sus diferentes componentes y realidades (GS 1-2)”.

Las cosas están igual, o peor, que a fines del siglo XIX, porque entonces había esperanza en lograr derechos civiles y sociales para los trabajadores, que somos todos, ya que solo mediante el trabajo creativo realizamos nuestra esencia humana a imagen y semejanza de Dios, padre y creador. Trabajando imitamos la actividad divina de crear, recreando y ciudadano su creación. Es el trabajo creativo lo que nos hace superiores a los ángeles. Pero ahora no podemos trabajar más. Nos dicen que llegó el fin del trabajo humano, y pasamos a ser: descartados; migrantes; traficados; y hasta encerrados sin juicio ni razón en el nuevo sistema de encierro quasi medieval que representan las cárceles privadas. Antes estábamos políticamente entusiasmados y socialmente organizados; ahora

estamos desocupados, desorganizados, desestabilizados y, por eso, culturalmente desesperanzados. Antes estábamos unidos en la diferencia, en la Iglesia tanto como en el Estado de Derecho, porque eso es la catolicidad y la amistad social. Ahora estamos, en el plano secular, divididos, aislados, atemorizados y manipulados mediáticamente por las nuevas tecnologías. Antes teníamos discursos amorosos, ahora odiosos. Sin embargo, como Iglesia estamos armados con la virtud teologal de la esperanza que, como dijo Francisco y sostiene León: no defrauda.

En la época de su antecesor homónimo, la política al menos hablaba de derechos civiles y sociales, y pregonaba la justicia social como bandera, aunque no siempre lo persiguiera o lograra. Ahora ya no. Los políticos no hablan de derechos, y dicen que la justicia social es envidia de pobres a ricos. Sin embargo, como también somos cristianos, nuestra fe en Jesucristo y nuestra confianza en la humanidad activan en nosotros la esperanza como virtud teologal que nos hace esperar contra toda desesperanza. Por eso, aunque se cansen de esperar los que esperaban con nosotros, los cristianos, movidos por el arma sobrenatural de la esperanza -como lo expresó Francisco a los movimientos populares-, sabemos cómo “convertir la pasión en acción comunitaria”. Por eso seguimos esperando, porque en nosotros la esperanza, por gracia de Dios, es una virtud dinámica que nos saca del aislamiento y nos mueve a organizarnos comunitariamente para lograr una vida buena y en abundancia. La esperanza no defrauda.

La paz que tanto se quiere alcanzar en Europa, también es anhelada en América y África donde se presenta como guerra a pedazos, en su peor expresión, porque se da sin fronteras, y sin enemigo declarado.

No obstante, acá “estamos en la tierra” -categoría de Rodolfo Kuch. Somos muchos quienes: creemos en, anunciamos y colaboramos con Jesucristo; confiamos en la humanidad y buscamos la justicia social; y movidos por la virtud teologal de la esperanza nos unimos para salvarnos, para hacer efectiva esa vida buena y en abundancia para todos. Somos centenares de millones. Los corruptos son pocos dijo Cristina Monge. En las periferias llevamos la cruz al hombro, tatuada en nuestros cuerpos y colgadas en nuestros espacios públicos. Llevamos en nuestra ‘memoria peligrosa’ -como diría Metz-, a nuestros mártires; y en nuestros diálogos sociales llevamos nuestras raíces conciliares.

Sin embargo, aunque abundan las desgracias, sabemos que más abunda la gracia. Los descartados, al mismo tiempo, asombrosos y descorsentadamente, lloran y cantan, y estudian en las peores condiciones, y aun así, festejan. Ese es el humor que sostiene en la desesperación, como ha señalado Alejandro, y como ha surgido del público también. Eso explica por qué Francisco rezaba cada día la oración a Santo Tomás Moro, para no perder el humor, porque la alegría sostiene en la vida miserable. Y la ironía, como señaló Alejandro Ortiz, cuando viene de los descartados, debe leerse en clave social: la ironía es el único signo de superioridad que pueden darse el lujo de exhibir.

Incomprensible ese humor, salvo por la virtud de la esperanza, dínamo de la Iglesia como cuerpo místico, y de la política. Solo se entiende eso cuando se siente la alegría del Evangelio, por eso hay tanta alegría entre los descartados, a pesar de tanta guerra a pedazos.

Los descartados estamos unidos en oración, permanentemente. Es tan grande esta bendita tierra que cuando terminan unos comienzan otros. Oramos cuando rezamos, pero también oramos de otras maneras. Oramos cuando leemos y enseñamos el Evangelio.

Oramos cuando cantamos. Oramos cuando trabajamos y estudiamos. Oramos cuando ponemos en práctica la enseñanza social de la Iglesia. Oramos cuando nos organizamos para sobrevivir hasta el día siguiente. Oramos cuando cuidamos la creación. Oramos cuando viajamos largas horas hasta nuestros lugares de trabajo en las peores condiciones. Oramos cuando estamos presos y enfermos. Oramos cuando creamos estructuras que garanticen derechos civiles y sociales. Oramos cuando desarrollamos la ciencia y la técnica para cuidar la vida. Estamos unidos porque estamos en oración, y estamos en oración por la fe en nuestro Señor Jesucristo que nos lleva a amar y confiar en nuestros hermanos, y a movernos con la esperanza de construir puentes para la paz.

En las periferias existenciales estamos como una Iglesia organizada y orante que ofrece su ayuda, sus manos, sus universidades, sus sindicatos, sus movimientos populares, sus comunidades organizadas, sus empresas y sus bancos, construyendo puentes para que la agenda por la paz vaya adelante, con paso firme, sin prisa pero sin pausa. Estamos organizados comunitariamente en redes eclesiales, incardinadas en el CELAM. Jesús está entre nosotros. Creemos en eso, y confiamos en él, por eso esperamos, y no vamos indietro.

Las primeras palabras de León XIV fueron: paz, Jesucristo, puentes, diálogo. Las escuchamos y las tomamos en serio. Estamos callados, porque no gritamos ni dudamos, pero estamos atentos. No dudamos. Estamos quietos, pero movilizados comunitariamente, como Iglesia de Cristo, como pueblo fiel de Dios. Pasamos desapercibidos, pero estamos. No vestimos prendas lujosas ni buscamos los primeros lugares, pero amamos a Dios sobre todas las cosas, santificamos las fiestas, respetamos a nuestros padres y a nuestros antepasados mártires en la fe. Aparte de eso, caemos en todas las tentaciones, porque somos humanos, pero confiamos en la liberación del pecado que nos hace caer. Estamos listos para construir puentes. Aquí estamos.

Debemos seguir misionando y así sabremos cómo hacerlo mejor, porque se debe sentir y saber lo que el descartado siente y sabe para saber qué hacer. Sólo después podremos hablar de ellos, porque el saber es producto de una práctica, no de una idea conjetural. No idealicemos ni ideologicemos al descartado si queremos realmente construir puentes de paz sostenible. Saber es saborear, no suponer. Saber es saber respetar la dignidad humana en todos, todos, todos. Somos la suma de nuestros saberes, y estos la suma de nuestras prácticas de compromiso comunitario. Si escuchamos como ellos escuchan, si sonreímos con espontaneidad como ellos sonríen, si rezamos con plenitud como ellos rezan, si convivimos con la miseria de las periferias, no sé si sabremos seguro sabremos por qué la justicia social es garantía de la paz y por qué la esperanza no defrauda.

La paz sostenible es el resultado de una práctica amorosa que genera unidad. No hagamos "indietrismo", como decía Francisco. No queramos volver al pasado, ni tampoco ser reducidos a la mera continuidad de la historia. Estemos abiertos a lo nuevo con raíces en la historia de nuestras iglesias.